

## INVIERNO DE LA DISCORDIA Y ALGO MAS

Sólo a malos deseos, cuando no a siniestras maniobras, de origen extranjero todo ello, podría ser debida la situación, tan delicada cuando no crítica, en que se halla la Gran Bretaña. A misteriosos—criminales—manejos y con-fabulaciones de quienes pueden sólo ser instrumentos escogidos de una ofensiva concebida y fraguada en el exterior han sido achacados al fin, con lo que tiene todas las apariencias de un alto sentido de la responsabilidad, esos graves acontecimientos y disputas laborales que dejaron paralizadas operaciones de exportación de vital importancia para una nación cuyo déficit en la balanza de pagos se presenta como una de las grandes razones que aconsejan el aplazamiento de las solicitadas negociaciones sobre la petición de ingreso en la Comunidad Económica Europea.

Y por supuesto, ¿a qué si no a la mala voluntad o el excesivo egoísmo nacionalista de Francia—del general De Gaulle—es posible achacar las dificultades con que ha venido tropezando el Gobierno británico en su propósito, decidido y animoso, de acercarse a la Europa de los Seis?

Uno y otro aspectos, el interior y el internacional, de la situación en que se encuentra la Gran Bretaña, a la entrada ya de lo que se ha venido definiendo con alguna anticipación como el «invierno de la discordia», guardan una relación íntima con la posición que ha venido ocupando desde hace tanto tiempo la nación en el campo de las relaciones exteriores, por cosas de política y de economía, de actividades comerciales e imperiales, de difusión de servicios financieros y militares. Pocas veces ha podido darse a lo largo de la Historia una situación tan clara de acción e interacción de fuerzas que operan y repercuten—lo han hecho, en cualquier caso, en el pasado—de manera inmediata o simultánea en lo que suelen ser, en mayor o menor medida, aspectos de una misma cosa: la vida de un pueblo que suele—necesita, más bien—proyectarse en ambas direcciones.

En el caso de Inglaterra, mucho más que en el de cualquier otra potencia moderna de alguna consideración, resulta difícil, imposible quizá, encontrarse con un solo problema nacional de cierto volumen del que no hayan de salir, proyectadas hacia el exterior, algunas repercusiones. Y lo que a causa de la actitud oficial y pública adoptada por el ministro de Trabajo, Ray Gunter, atrajo de manera especial—un tanto escandalosa también—la atención hacia graves conflictos laborales, que amenazaban con paralizar las comunicaciones ferroviarias y que llevaron una sensación de mortal quietud a los puertos de Londres y Liverpool, donde quedaron largamente paralizadas mercancías por valor de cientos de millones de libras destinadas a la exportación, a neutralizar, en definitiva, la tendencia de la balanza internacional de pagos británica a cerrarse con saldos siempre desfavorables, ¿no era la consecuencia, al fin, de oscuras y dilatadas maquinaciones internacionales?

Por razones o causas que todavía no han podido explicarse de manera satisfactoria, la Gran Bretaña ha sido elegida como el blanco preferente, entre las grandes potencias, de turbios, sombríos preparativos para la acción disolvente que, en el momento oportuno, acabase sumiendo al país en un ambiente de discordia y desolación.

En los momentos mismos en que Ray Gunter aparecía resueltamente decidido a seguir adelante con las grandes reformas en los ferrocarriles, que buscaban la eliminación de mucha de la mano de obra que los progresos de la mecanización habían ido envolviendo en una atmósfera de redundancia y superfluidad, y, por tanto, de lo intolerablemente costoso, adquiría de nuevo alguna actualidad un asunto que había dado mucho que decir hacía casi medio siglo. Aquella famosa carta de Zinoviev, que había jugado un gran papel, seguramente un papel decisivo, en las elecciones generales que estaban a punto de celebrarse y de las que salió una derrota decisiva para el partido laborista, entonces dirigido por James Ramsay MacDonald, volvía a ser algo más que un recuerdo capaz de saltar a la memoria de los que encontraron, creyeron encontrar, un poco extrañas las acusaciones de Mr. Gunter.

Lo que estaba pasando en los ferrocarriles y en otros aspectos fundamentales de la vida inglesa, tan inquietante, salía directamente del aparente estado de madurez a que habían llegado unos planes preparados y desarrollados en secreto y para lo cual se habían confabulado diversos y aparentemente contradictorios elementos izquierdistas: comunistas, trotskistas, etc. De una labor de agitación social en gran escala, de explotación hábil del clima de descontento generado por la decisión y energía con que el Gobierno laborista con-

tinuaba adelante con un programa de rigurosa austeridad, hasta el punto de haber abandonado la tradicional política de pleno empleo para dedicarse de manera deliberada a la formación de «pools» de desempleo, a la creación de márgenes de inactividad en determinados recursos, había de salir un estado de cosas especialmente favorable para la agitación y, en definitiva, para la acción revolucionaria.

El propio jefe del Gobierno, Harold Wilson, había confirmado, con seca y solemne severidad, en la Cámara de los Comunes, la seriedad de las acusaciones hechas por su ministro de Trabajo. Por fortuna para él y para el Partido Laborista, no se corría ahora, como sucedió en 1924, el peligro de que la emoción producida por la sensacional revelación desembocase en una catastrófica derrota electoral. La fecha más próxima en que se habría de ir otra vez a las urnas, y eso en el caso de que Mr. Wilson decidiese, como ha solido hacerse con relativa frecuencia en el pasado, disolver el Parlamento antes de haber agotado las posibilidades de su existencia constitucional, será hacia 1970.

\* \* \*

Cuando otra vez se iba desvaneciendo el recuerdo sobre la intervención que pudo haber tenido el general Sikorski, muy conocido en Inglaterra por haber estado al frente del Gobierno polaco en el exilio en los días de la Segunda Guerra Mundial, actualizado hacía poco todavía, por lo que se dice en la última obra del discutido Hochhuth—la acusación de que Churchill se vio implicado en la muerte de Sikorski, en un accidente que se produjo apenas el avión en que viajaba había despegado de la base de Gibraltar—, sale a la calle un nuevo libro, *The Zinoviev Letter*, con la garantía de una gran casa editorial británica, y con una información, según la cual el desaparecido militar y estadista polaco había afirmado ser el autor real de aquella carta que todo el mundo venía considerando, desde hacía mucho tiempo, como fraudulenta.

Según esta versión, la carta fue preparada y escrita por Sikorski, un hecho que se quiso guardar en el mayor secreto hasta pasado muchos años, hasta los días de la Segunda Guerra Mundial, cuando era jefe del Gobierno polaco, con sede en Londres, y cuando, por razones de las que nunca sintió la necesidad de hablar, se preparó el informe que figura en el libro, que ha podido dar alguna significación especial a las acusaciones, tan graves como imprecisas, de Mr. Gunter. Hasta entonces se tenía la impresión—una impresión que per-

siste—de que los autores de esa carta que llegó a convertirse en uno de los documentos falsos más famosos eran emigrados rusos residentes en Berlín. Lo que sí parece documentalmente comprobado es que un grupo de polacos jugó un papel de especial importancia en el viaje de la carta hasta Londres, para alcanzar el Ministerio de Asuntos Exteriores, donde se creyó que era ciertamente una incitación oficial, salida del centro mismo de poder revolucionario soviético, al Partido Comunista de Inglaterra para que no desperdiciase el momento, ya oportuno, para hacer la revolución.

«Si Sikorski dice la verdad—comentó Maciej Rataj, que era entonces presidente del Parlamento polaco, según cita de los autores de *The Zinoviev Letter*—, su éxito ha sido notable y puede ciertamente sentirse orgulloso de haber decidido el resultado de unas elecciones británicas.»

Es perfectamente posible que esa hubiese sido la finalidad perseguida por los autores de una carta que, tenida por auténtica, produjo enorme impresión en la opinión popular británica. Tanta, que, al recordarse ahora el incidente que fue causa principal, acaso fundamental, de la derrota sufrida por el laborismo en aquella ocasión y, en consecuencia, del rápido retorno a posiciones ministeriales de Winston Churchill, cuya carrera política parecía haber tenido un tropiezo definitivo en el intento por abrir paso (en los días de la Primera Guerra Mundial) a la Marina británica a través de los Dardanelos, se siente la necesidad de pensar en las consecuencias que podrían acabar saliendo de esta nueva y muy grave acusación sobre la interferencia en la vida nacional británica de elementos que sólo pueden moverse en respuesta a los estímulos recibidos desde el exterior.

\* \* \*

Por grande o por pequeña que sea la influencia de un acontecimiento como éste en la vida política y, sobre todo, en la vida social de la Gran Bretaña, no deja de llamar la atención. Y de ser considerado, además, como algo significativo y simbólico a la vez de la tendencia a buscar en causas exteriores y necesariamente perturbadoras la explicación verdadera de una situación cuya principal, más llamativa, consecuencia, en el caso de tener realización plena los planes del Gobierno, sería una limitación seria del poder—las ambiciones también—de los sindicatos británicos.

En los sindicatos está centrada la mayor, más decidida resistencia a los proyectos del Gobierno, en vías de franca realización desde el verano de 1966, cuya

gran consecuencia sería reducir, eliminar del todo a ser posible, la tremenda presión que en el sentido de la elevación constante de los jornales—el logro de otras mejoras también—ejerce una política de pleno empleo. Lo que no han podido hacer o han creído que no podían hacer los gobiernos conservadores que durante trece años consecutivos imprimieron unas características especiales a la vida nacional británica, está siendo ahora el privilegio—extraño privilegio, sin duda—y la responsabilidad de un Gobierno sobre el que esos mismos sindicatos creían ejercer una influencia decisiva.

Del éxito completo de esta política que ha creado un ambiente de profundo y ancho malestar en todo el panorama laboral británico pudiera depender nada menos que el éxito posterior de un régimen de continuada, acaso muy dilatada, permanencia del Partido Conservador en el poder. Porque lo menos que se podría esperar, aparte, por supuesto, derivaciones por ahora enteramente imprevisibles de unas acusaciones como las de Mr. Gunter, susceptibles siempre de producir una vigorosa reacción patriótica que en este caso habría de fortalecer al Partido Laborista, es que el Partido Laborista saliese tan quebrantado del esfuerzo que está realizando, al anteponer el interés nacional al interés de los sindicatos que forman la base de una jerarquizada pirámide sin posibilidades prácticas de sostenimiento, sin el dinero y los votos que salen de ellos de una manera regular y periódica, que hubiesen de pasar largos años antes de verse convertidos otra vez en un motivo de preocupación sería para ese otro partido de turno en la vida política de la Gran Bretaña.

En la situación actual, la posición de la dirección laborista pudiera parecer tanto más comprometida, con la atención puesta en el futuro mucho más que en el presente, en vista de la actitud de una opinión pública que empezaba a dar claras expresiones de cansancio, acaso ya de hostilidad también, por causa de la política de concesiones constantes a los sindicatos de los gobiernos conservadores de los últimos años. Así, se puede estar formando, acaso esté en proceso avanzado de formación, un ambiente de desilusión y desconcierto en los medios sindicales, capaz de traducirse, en el momento oportuno, en una derrota general en las urnas, en la extensión al campo nacional del inquietante, para la dirección laborista, y el Gobierno, fenómeno de las derrotas, una tras otra, que están sufriendo sus candidatos en las elecciones parciales que se ha venido celebrando.

A lo que sucedió en muchas elecciones municipales, en particular en el Gran Londres, donde se ha puesto fin a un dominio laborista de largos años, han seguido algunas elecciones a diputados, en los que los candidatos oficiales han

sido derrotados casi siempre, incluso en distritos que nunca habían sido representados en la Cámara de los Comunes por otros diputados que los laboristas. Por término medio, la caída en la popularidad—los votos también—de los candidatos laboristas ha pasado hace tiempo del punto en que, de reproducirse una situación como ésta en unas elecciones generales, hubiese hecho necesario un cambio de gobierno, para llevar de nuevo al laborismo a la oposición. La misma garantía de permanencia que da el disponer de una gran mayoría absoluta—de 86 diputados después de las elecciones parciales celebradas en los primeros días del pasado noviembre—pudiera muy bien infundir en el Gobierno de Mr. Wilson la sensación de confianza y seguridad que le animase, como así parece ser, a continuar con una política, entre cuyos resultados habrá de incluirse por necesidad la extensión constante de la impopularidad y el desaliento que están ya en evidencia en grandes sectores de su propio partido y, sobre todo, de los sindicatos.

\* \* \*

La importancia de todo esto salta a la vista, por tratarse de algo capaz de ejercer una influencia decisiva en la posición que la Gran Bretaña acabe teniendo en el concierto de las naciones. Y, sobre todo, en la posibilidad de admisión en la C. E. E. Para lo cual pudiera ser indispensable, más bien que necesaria, una política de revisión y reforma general de actividades y relaciones, de la que el programa actualmente en desarrollo apenas podría ser otra cosa que una modesta introducción. La tarea que ha de preceder a esa posible admisión, en el caso de no surgir cambios esenciales de actitud sobre la petición británica de ingreso en la C. E. E., parece ya ser muy superior a las posibilidades, quizá a las fuerzas también, de un gobierno cuya vida constitucional ha de terminar en la primavera de 1971, a más tardar.

Acaso por ser la situación tan apremiante, sea más fuerte e insistente la necesidad de buscar—encontrar a ser posible—motivos y justificaciones en actividades y actitudes que, por proceder desde el exterior, están fuera de toda posibilidad de control de Mr. Wilson y sus colaboradores. De ahí que, a la vez que se hace mucho hincapié en las maniobras y maquinaciones que buscan, en definitiva, la destrucción de la trama y urdimbre misma en que descansa toda la existencia nacional británica, se insista tanto en conservar—atesorar casi—la impresión de que la no entrada de la Gran Bretaña en la C. E. E., si la no entrada llegase a tener confirmación definitiva, ha de

ser por la culpa única y exclusiva de Francia. O, más concreta y precisamente, del general De Gaulle.

Sin embargo, semejante hipótesis, hoy muy generalizada, incluso en medios en los cuales la Gran Bretaña no se podría decir que goza de tan especiales simpatías, que mueven a la aceptación como buenos, de innecesaria sustentación, sus argumentos sobre una de las cuestiones fundamentales de nuestro tiempo, difícilmente podría sostenerse más allá de un análisis puramente superficial.

Es más, si no quedase otro remedio que llegar a una conclusión definitiva, en estos momentos, habría de ser ésta: la exclusión de la Gran Bretaña de C. E. E., de producirse sin la entrada en juego, en el futuro, de algún factor nuevo, capaz de ejercer en ello una influencia decisiva, sólo podría ser esencialmente la consecuencia de lo nada, que, en lo fundamental, ha sido hecho por ganar acceso a una organización hacia la cual jamás se ha sentido atraída por otras razones que las de la conveniencia pura y, de hecho, el interés nacional propio. Ni con sus principios ni con sus objetivos había podido estar, por tanto y hasta ahora, conforme.

\* \* \*

En estos últimos tiempos se ha hablado mucho, a menudo quizá con la exageración que busca ajustar hechos y circunstancias a una medida especial y conveniente, de unas declaraciones que se pudieron presentar como la esencia de la posición—las razones también—de una potencia que insiste en ser admitida en la C. E. E., por tener a ello un perfecto derecho y por reunir condiciones que le permitieran hacer aportaciones de mucho mayor peso y trascendencia que todas las ventajas que para ella pudieran derivarse de semejante asociación. Sin entrar para nada en lo que bien pudiera ser puramente circunstancial—la forma que tuvieron las declaraciones o comentarios de lord Chalfont, el ministro británico encargado de los Asuntos Europeos, ahora con residencia oficial en Bruselas—el tiempo transcurrido desde las dos charlas que había sostenido, en Lausana, con un reducido número de corresponsales ingleses, mueve a pensar no sólo en las declaraciones en sí, ajustadas esencialmente a lo que pudo haber sido dicho por lord Chalfont, sino en una actitud oficial encariñada con la idea de reclamar, jamás solicitar y menos aun rogar, aquello que, si bien podría resultar necesario, alcanzaba, asimismo, la categoría de un derecho que, de ser negado, habría

de tener consecuencias graves. Para otros mucho más que para la nación que, efectivamente, buscaba imponerse.

Porque la Gran Bretaña estaba, sin duda, en condiciones de adoptar actitudes más que suficientes para perturbar, acaso dislocar, el panorama de las relaciones intereuropeas, mundiales tal vez. La singularidad de que las consecuencias más graves e inmediatas de algo que sólo podría esbozarse en forma de hipótesis habrían de afectar a la posición y relaciones de la República Federal de Alemania, ofrecía ciertas características de lo que bien podía tener ya las dimensiones de un incidente histórico, probable, o, en cualquier caso, verosímil, del que no se supo salir airoosamente. Aceptar la dimisión de lord Chalfont sería, evidentemente, una especie de confirmación de algo que parecía, por otro lado, no dejar lugar a dudas; hacer otra cosa que negar rotundamente, no ya el contenido de las declaraciones, sino que el Gobierno británico pudiese acariciar intenciones como las que aparecían en ellas insinuadas, aun en el caso de tratarse de situaciones hipotéticas, resultaba sencillamente inadmisibles.

De esa manera, circunstancia en la que apenas se hubiera podido pensar, quedaba en pie el fondo de una cuestión que había dado lugar a que el canciller alemán, Dr. Kurt Georg Kiesinger, hablase de un incidente que en nada había facilitado una labor de acercamiento y mejora constante en las relaciones entre Bonn y Londres, que no siempre habrían sido fáciles a lo largo de la posguerra. Hubiera bastado con hablar de la posibilidad de retirar esos 55.000 soldados que todavía, tiene la Gran Bretaña a orillas del Rin y el abandono de la Alianza Atlántica, de reconocer el régimen de la República Democrática Alemana (el nombre oficial de la Alemania Oriental) y las fronteras del Oder-Neisse, de emprender una acción positiva para mejorar y estrechar las relaciones con la Unión Soviética, para que en el ambiente político, siempre delicado, de la Alemania Occidental se produjese una sensación de alarma, acaso de crisis.

Ante la magnitud de los pasos que Inglaterra podría dar en el caso, no sólo de negársele la entrada en la C. E. E., sino tal vez incluso en la falta de un apoyo resuelto por parte de la Alemania Occidental, lo necesario quizá para forzar una decisión que el general De Gaulle hubiese tenido que aceptar, a menos que estuviese decidido a cargar con la responsabilidad de haber destrozado, total y definitivamente, a la Europa comunitaria, ¿qué importancia especial podía tener el que las declaraciones o explicaciones o comentarios de lord Chalfont hubiesen sido hechas en unas circunstancias u otras?

Lo fundamental era el fondo de la cuestión: la existencia no sólo de armas poderosas a las que Inglaterra bien podría recurrir en un caso extremo, sino la gran posibilidad de que, de ser necesario, quizá hasta conveniente nada más, se había de acabar echando mano de esas armas. O de alguna de ellas, en cualquier caso.

\* \* \*

Se podía tratar, en síntesis, de la expresión una vez más de ciertas dificultades con que siempre, en un pasado reciente, se había tropezado cuando, de un lado o del otro, el alemán o el inglés, se había hecho alguna tentativa especial por mejorar unas relaciones con excesiva tendencia al formulismo, al formalismo, y, en consecuencia, a la frialdad. Después de todo, resultaba ser tarea penosa para una potencia que había salido victoriosa de la Segunda Guerra Mundial acomodarse a la situación en que se encontraba, al verse desplazada del segundo puesto que había ocupado largamente en los mercados mundiales—el primero correspondía a los Estados Unidos—precisamente por la Alemania Occidental. Y no era nada fácil para una nación vencida en la guerra en la forma en que Alemania lo había sido contemplar, con simpatía y afecto, la presencia continuada de soldados ingleses a orillas del Rhin, advertir en ellos nada distinto a lo que generalmente advierte una nación vencida en los soldados de ocupación de una nación victoriosa.

Apenas haría falta, pues, pensar en muchos, significativos con frecuencia, antecedentes de la cuestión; bastaría con pensar sólo en algunas de las cosas que sucedieron durante la visita del Dr. Kiesinger a Londres, la primera después de haber tomado posesión como canciller, casi un año antes, que precedió en muy pocos días a las declaraciones que fueron achacadas a lord Chalfont. Lo que se había querido que fuese una clara, inconfundible demostración del firme deseo del Gobierno de Bonn de sostener el derecho de Inglaterra a ser admitida en la C. E. E.—que había sido sostenido, es más, en términos llamativos por el vicecanciller y ministro de Asuntos Exteriores, Willy Brandt, muy poco antes—, fue para el ambiente oficial británico una serie poco menos que interminable de incidentes desagradables. Hasta llegar al punto de ser calificada la actitud del jefe del Gobierno alemán de tibia, en el curso de una entrevista televisada, para encontrarse con la respuesta inmediata de que no se trataba de tibieza, sólo de ser realista ante una situación de la que lo menos malo que se podría decir, en lo relativo a la petición de la Gran Bretaña, era que abundaba en dificultades.

Nora Beloff, conocida comentarista de *The Observer*, y con muchas, penetrantes relaciones con el mundo político británico, el laborista sobre todo, llegó a decir que «el primer ministro (Wilson) y sus colegas estaban consternados a causa de la evidente resistencia del Dr. Kiesinger a comprometerse en la decisión de oponerse al presidente De Gaulle, en el caso de ser impuesto un veto francés. Londres tenía el presentimiento de que el Dr. Kiesinger hacía lo posible en las actuales conversaciones preliminares, pero hubiera deseado tener una garantía firme sobre la resistencia alemana, si para fines del año (de 1967) el presidente De Gaulle se negase a permitir el comienzo de las negociaciones para la entrada británica (en la C. E. E.)».

Habían empezado ya los intercambios o, en cualquier caso, las insinuaciones que apenas podían apuntar en otra dirección que la de unas relaciones que continuaban siendo frías y rígidas, en contra de todos otros deseos o propósitos. Parecía evidente, ya que el Gobierno alemán no adoptaría, por lo menos mientras el Dr. Kiesinger fuese canciller, actitud alguna en favor de la Gran Bretaña, que pudiese ser causa de nuevas y serias dificultades en sus relaciones con el Gobierno de Francia. Aunque fuese en forma considerablemente suavizada y alterada, se estaba de nuevo volviendo—se estaba dentro más bien—a la fase de aquellas relaciones cordiales entre Bonn y París, que había llegado a ser nota dominante de la llamada era de Adenauer.

Al parecer—de ello se cuenta con testimonios diversos, como el del corresponsal del *Sud Deutsche Zeitung*—, las conversaciones del Dr. Kiesinger con Mr. Wilson pasaron por momentos delicados. Este corresponsal habló, por ejemplo, de la advertencia de Mr. Wilson al Dr. Kiesinger, en presencia de un grupo de corresponsales ingleses y alemanes, de la posibilidad de que la Gran Bretaña llegase a jugar un papel distinto al actual en el mundo de las relaciones internacionales. En una crónica sobre el desarrollo de una conferencia de Prensa, que dijo que se celebró en el *boudoir* del primer piso de la residencia oficial de Mr. Wilson, en el 10 de la calle Downing, contó la exposición detallada que, en respuesta a algunas preguntas, hizo el Dr. Kiesinger sobre las dificultades que ofrecían las relaciones con el general De Gaulle. Para, después de haber contestado afirmativamente a una pregunta sobre si en su opinión el general De Gaulle deseaba realmente la reunificación de Alemania, verse interrumpido con brusquedad por el primer ministro británico, que se puso a hablar, a gran velocidad y con «una inesperada, agresiva brutalidad demoledora para Kiesinger».

Habló Mr. Wilson, según esta versión—algunos de cuyos extremos, por lo menos, aparecieron confirmados por otros corresponsales, entre ellos la misma Nora Beloff ya citada—, de las relaciones igualmente buenas que mantenía la Gran Bretaña con los Estados Unidos y la Unión Soviética, y advirtió que el Dr. Kiesinger debería darse cuenta de que, en un momento de crisis, Moscú prestaría con toda probabilidad una mayor atención a Inglaterra y los Estados Unidos que a Francia

Hay, pues, motivos sobrados para llegar a la conclusión de que la visita del canciller alemán a Londres no sirvió de manera especialmente eficaz la causa de las buenas, cordiales relaciones anglogermanas, y que si en el ambiente popular—acaso el histórico también—la presencia de los soldados británicos a orillas del Rhin hace pensar en una especie de cristalización práctica de aquella idea expuesta por Churchill y otros sobre la línea del Rhin como la verdadera frontera de la Gran Bretaña, en el ambiente oficial sigue habiendo demasiadas zonas oscuras en las que el cultivo de la sospecha y el recelo bien pudiera encontrar un campo abonado.

Esa conocida comentarista inglesa, varias veces citada, llegó a decir, en otra crónica en la que se advertía, ya en el título de gruesa letra, que los alemanes no deberían tomar a la Gran Bretaña *for granted*, por supuesto: «No hay duda que el Dr. Kiesinger irritó a algunos de sus anfitriones. El tema general de sus conversaciones, de ser el único que sabía cómo tratar al general De Gaulle, provocó a un ministro del Gobierno (inglés) a comentar que los ingleses estaban tratando ya con el general De Gaulle cuando él (Kiesinger) aún estaba ayudando a los nazis a luchar en la última guerra.»

\* \* \*

Se dan ocasiones en que los recuerdos sirven para crear dificultades o para aumentar las dificultades ya existentes. En este caso, los recuerdos han podido servir a la vez para actualizar un poco el estado, nada satisfactorio, en el fondo, de las relaciones entre Bonn y Londres, a la vez que para hacer una especie de hincapié sorprendente en que algo, por lo menos, de lo dicho por lord Chalfont no debería haber sorprendido a nadie. Porque, sencillamente, había sido ya dicho, de una manera u otra, más de una vez.

En una ocasión tan reciente, como la conferencia anual del Partido Laborista, el propio ministro de Asuntos Exteriores, George Brown, considerado como uno de los dirigentes laboristas más resueltamente inclinados ha-

cia el lado de la entrada de Inglaterra en la C. E. E., había aludido a la posibilidad de tomar decisiones en el caso de que sus propósitos no diesen el resultado apetecido. Es más: poco tiempo después, en ocasión de la intervención de Maurice Couve de Murville, el ministro de Asuntos Exteriores francés, en la reunión ministerial de la C. E. E., celebrada en Luxemburgo, donde de nuevo se aludió a la necesidad ineludible de eliminar algunas de las dificultades mayores con que había de tropezar Inglaterra, por causa de factores que eran de su única y exclusiva competencia, el mismo Mr. Brown hizo una declaración en la Cámara de los Comunes, en la que, en forma un poco intrigante, se había aludido a lo que más o menos estaba ya en el ánimo de muchos observadores. «Como ya dije en Scarborough (donde se reunió el Partido Laborista), si no nos fuese posible, al fin, ser miembros de la C. E. E., tendríamos que ir en busca de otras maneras de organizar nuestro futuro.»

Si eso no era una amenaza, por muy velada que pareciese, ¿qué otra cosa podría haber sido?

Amenazas o algo parecido había habido desde hacía mucho. Insinuanamente amenazadora venía siendo, desde hacía tiempo, la actitud—el consejo también—de una publicación de tanto prestigio como *The Economist*, que, por esos mismos días de crecientes dificultades, insistía en recordar lo que había aconsejado hacía casi medio año: la adopción de una actitud firme no sólo frente a la política de Francia, sino en el sentido de ayudar, por lo menos, a forzar las cosas, para que pudiese cristalizar en algo definitivo la aparente nota de disgusto y oposición a la política de Francia en la C. E. E., puesta una y otra vez de manifiesto por algunos de sus miembros, Holanda sobre todo. Seguía *The Economist* estimando conveniente la recomendación que había hecho, a fines de mayo, al Gobierno de su país, para que siguiese adelante, suavemente, con los intentos por abrir las negociaciones sobre la solicitud de entrada en la C. E. E., a pesar de los desaires franceses, porque «pudiera haber ventajas en avergonzar a otros miembros de la C. E. E., e incluso a los mismos e infortunados delegados franceses a lo largo de ese proceso. Por lo menos, hasta alcanzar un cierto punto. Las circunstancias en las cuales las desventajas de semejante táctica pudieran dar alcance a las ventajas serían aquellas en las que otros miembros de la C. E. E.—al experimentar una sensación un poco extraña por estar en desacuerdo con los franceses en cada punto específico, sin dejar por ello de saber que habrían de aceptar, al fin, el *ukase* gaullista—empezasen también a inclinarse hacia el lado de la dura línea francesa en ciertos aspectos específicos (de la cuestión); no por creer verdaderamente en ello, sino por tener el pre-

sentimiento de estar en necesidad de alguna demostración ocasional de unidad, en vez de mantener como permanente una escisión de cinco contra uno.»

Con la suavidad que fuese, era cosa de apretar tuercas, siempre un poco más, aunque con todo el cuidado puesto en no dejar que llegase el momento en que, pensando ya nada más que en hacer daño a De Gaulle, y con ello a la posición francesa, se corriese el peligro serio de haberse pasado de rosca.

\* \* \*

Siempre ha podido parecer un poco extraña la actitud de Mr. Wilson y otros dirigentes laboristas a partir del momento en que se anunció la decisión de buscar, con prisa, la entrada en el Mercado Común Europeo en condiciones de igualdad con los miembros originales. Y una vez que se había llegado a tener el convencimiento, sin duda, de que los progresos realizados por el camino de convertir en realidad lo establecido en el Tratado de Roma, quedaba quizá descartada toda posibilidad de derivación hacia una unión aduanera tan sólo limitada exclusivamente, además, al comercio con los productos industriales, para dejar la agricultura aparte, pues habría de continuar siempre bajo la acción de acuerdos y medidas especiales.

Tres veces se había intentado, con anterioridad, llegar a un acuerdo cuya finalidad esencial sólo podría ser la desviación de la C. E. E. del camino de la integración económica. Y, en consecuencia, la integración política también, como acaso llegase a ser no sólo deseable, sino inevitable. La primera, preciso es recordarlo, durante las conversaciones preliminares que siguieron a la creación de la C. E. C. A.—Comunidad Europea del Carbón y el Acero—, a la que la Gran Bretaña nunca quiso verse asociada. A continuación, y ya con el Tratado de Roma, negociado y firmado, la Gran Bretaña inició una acción en serio, con miras a dar a la C. E. E. en proyecto una gran amplitud, con la participación directa, a ser posible, de todos los países europeos, pero reduciendo de manera extraordinaria las posibilidades de colaboración económica activa. Se trataba, en definitiva, de crear una zona de libre comercio de dimensiones continentales, orientada y dirigida por una organización lo más sencilla y simple posible, nada remotamente parecido a lo que ha ido saliendo del Tratado de Roma, con un período de transición que está terminando ya.

Ante la imposibilidad de convencer a los Seis para que ensanchasen—a la vez que diluyesen—el radio de acción de una comunidad económica en proyecto, se llegó al extremo de la amenaza con graves represalias, con la decla-

ración incluso de una guerra comercial. A ello aludió abiertamente el entonces jefe del Gobierno británico, Harold Macmillan, en el curso de una conferencia celebrada en París. En forma que llegó a ser característica, la C. E. E., que sólo estaba empezando, dando apenas los primeros pasos todavía en un proceso de integración económica que empezaba con un programa de gradual reducción de los derechos de aduanas para el comercio entre los países miembros con productos industriales nada más—lo que después se hizo en la E. F. T. A., la Asociación Europea de Libre Comercio, cuya acción ha empezado y acabado prácticamente sin salirse del comercio con productos industriales—, ni aceptó y rechazó el reto: no se dio por enterada, sencillamente.

Ante una actitud de llamativa indiferencia por parte de la C. E. E., y en vista, sobre todo, de la decisión aparente de seguir adelante, incluso acortando más bien que alargando los pasos iniciales previstos para el período de transición, el Gobierno de Londres cambió de actitud y anunció la decisión de buscar la entrada como miembro activo y de pleno derecho de la C. E. E. Para ello se iniciaron y desarrollaron largas, lentas, aburridas negociaciones que desembocaron en el célebre veto del general De Gaulle, en enero de 1963.

Un veto al que se dio, en realidad, una significación que apenas podía tener, la significación de que Francia, única y exclusivamente, se oponía a la entrada de la Gran Bretaña en la C. E. E. Las conversaciones celebradas, bajo la dirección de Edward Heath, actual jefe de la oposición en el Parlamento británico, por una de las partes—la otra estaba representada por la Comisión de la C. E. E., por supuesto—, llevaron a una conclusión que era, por lo menos, equivocada. Porque una de las conclusiones a que se hubiera podido llegar mucho antes de la interrupción abrupta de las negociaciones que ahora se quiere reanudar parecía ser un hecho evidente: que la finalidad perseguida por Inglaterra era doble. Trataba de obtener, para empezar, condiciones especiales para el ingreso, algunas de ellas con relación directa con la «posición especial» que ocupaba en el mundo, tanto por las relaciones con los países restantes de la «Commonwealth» como las relaciones que mantenía con los Estados Unidos, entre las que se destacaba el papel de la libra como una de las monedas de reserva del sistema monetario internacional; como trataba también de preparar el terreno para actuar desde dentro, una vez que se hubiese llegado a la creación gradual de condiciones favorables a la reforma, en el momento oportuno, del Tratado de Roma.

La experiencia de aquellos días—años—de presiones y negociaciones ha dejado un sedimento difícil de arrastrar por la corriente favorable al in-

greso de Inglaterra en la C. E. E., que se ha intentado crear y agrandar. El comportamiento especial del Partido Laborista, en un tiempo, hasta hace poco todavía, abrumadoramente inclinado hacia el lado de la *Little England*, pequeña, pero apasionadamente nacionalista, ha fortalecido más bien que otra cosa la sospecha de que persiste el convencimiento de que, en el estado actual de cosas, no queda más remedio ni otra posibilidad que entrar en la C. E. E. para, actuando desde dentro y sobre la base de unas decisiones adoptadas por mayoría, desembocar en la imposición de ciertas reformas básicas que la Gran Bretaña ha llegado a considerar como una necesidad absoluta.

\* \* \*

Ante una situación así, sólo se podría esperar que la mucha, apresurada insistencia británica por obtener una decisión favorable para la solicitud de ingreso en la C. E. E., acabase despertando sospechas y endureciendo resistencias. A ello han contribuido de manera poderosa dos factores de excepcional importancia. Uno, esa forma de presión, impaciente y desconsiderada, de la que es fiel reflejo la actitud de Mr. Wilson, al afirmar, con lo que se dijo tener una «infinita variedad de significados», que «el tiempo está de nuestra parte», es decir, de la Gran Bretaña, y la mayor franqueza de George Brown, el ministro de Asuntos Exteriores, al recordar aquello de que Inglaterra habría de buscar otros «medios de organizar su futuro», en el caso de ser rechazada en su propósito de convertirse en miembro de la C. E. E. y de preparar quizá el terreno para la entrada de otros países más, todos los de la E. F. T. A., a ser posible.

El otro, el convencimiento de que, en vez de mejorar, la posición básica de Inglaterra por el lado económico y financiero, de especial importancia, en el caso de ser admitida en la C. E. E., continuaba sometida a la acción de influencias desfavorables, avanzando todavía por un proceso de deterioro que prometía desplazar hacia un futuro incierto la promesa del canciller del Exchequer—ministro de Hacienda—, James Callaghan, sobre la seguridad de que este mismo año de 1967 se cerraría con un saldo favorable, por pequeño que fuese, y quizá no muy pequeño, en la balanza de pagos. A tiempo que el horizonte se ensombrecía, por no ser tan rápidos y decididos los progresos resultantes de medidas de rigurosa austeridad, con el estancamiento de los jornales como nota dominante, por persistir la presión sobre la libra en los mercados internacionales y por tener que contar, inesperadamente, con

las consecuencias desfavorables del cierre del canal de Suez, que sólo de por sí se calculaba que podría echar una carga adicional de acaso 250 millones de libras sobre el lado negativo de la balanza de pagos británica. Ya no sólo se había dejado de hablar de un superávit seguro a la terminación de 1967, sino que se había dejado de hacer la menor alusión esperanzadora al año siguiente, el de 1968.

Frente al mucho optimismo oficial que durante algún tiempo hizo pensar en que estaba garantizado no sólo del éxito de las negociaciones en perspectiva, sino de su iniciación antes de la terminación de ese mismo 1967, estaba, por un lado, la realidad un tanto desalentadora de la situación en que se encontraba la Gran Bretaña, desde el punto de vista de las relaciones comerciales y financieras; mientras que, por el otro, empezaba a ser chocante, en ocasiones incluso para muchos ingleses, una actitud oficial con tal fuerza de convicción que producía la impresión de ser tanta la confianza que se tenía en el éxito, que a De Gaulle, a Francia, no le quedaría más remedio que ceder a tiempo o capitular.

El muy importante *The Times* llegó a hablar con toda solemnidad de la infortunada actitud del Gobierno de su país, «un poco excesivamente celoso» en el desarrollo de la acción táctica en apoyo de la solicitud de ingreso presentada hacía algún tiempo. Por este lado, sin embargo, se trataba apenas de excepciones, aunque más de una vez las excepciones llegasen a tener una gran importancia. Así, *The Sunday Times* pudo advertir, en un largo editorial, del que se podía pensar que había de proporcionar una lectura muy poco agradable para el inglés medio:

«Los franceses, no importa lo dudoso y cínico de sus motivos para hablar de ello, están en lo justo: la enfermedad crónica en la balanza de pagos británica ha de ser curada. Este año (1967), que debería producir, al fin, el largamente esperado superávit de Mr. Callaghan, revelará ahora un déficit en la cuenta corriente de por lo menos 150 millones de libras. El año que viene, si el canal de Suez sigue cerrado, como ahora parece probable que ha de ser, el déficit subirá a más de 250 millones de libras. Cada sopro de malos vientos—una huelga portuaria, un jeque (mediorienta) desilusionado, un amortiguamiento en la actividad (económica) en Alemania, un aumento marginal de los tipos de interés bancario en los Estados Unidos—inducirá una mayor recaída. Y nuestra economía inválida, que convierte ya en una farsa nuestras pretensiones sobre nuestra capacidad defensiva o nuestra posición rectora en inversiones internacionales y ayuda, podría muy bien dejarnos, al cabo de

unos pocos años al ritmo actual de progreso, con la renta *per capita* más baja de la Europa occidental.»

En algunos otros órganos de opinión con un sentido de la responsabilidad nada menor y que se encontraban ocupando posiciones de mucho prestigio, como *The Observer*, se pudo decir que «el Gobierno francés ha pinchado el talón de Aquiles de Mr. Harold Wilson al plantear la cuestión de la libra esterlina de manera tan explícita en las discusiones sobre la petición británica de ingreso en el Mercado Común.

«Sería estúpido pretender que las preocupaciones sobre la libra están confinadas a los franceses.»

Como pudiera muy bien parecer ingenuo pensar en que todas las grandes dificultades en que se ve sumida la Gran Bretaña, por causa del déficit en la balanza de pagos, por causa del estado de atraso en que se encuentra su economía, por causa de las pasadas obligaciones que para la libra supone el ser una moneda de reserva y, en fin, por muchas otras cosas, quedarían arreglados o superados con la entrada en el Mercado Común y la decisión de conceder a Inglaterra un gran empréstito a muy largo plazo que significase, entre otras cosas, que la C. E. E. asumía, de hecho, una responsabilidad compartida por el fiel cumplimiento de esas obligaciones onerosas que pesaban—pesan—sobre la libra. Ni en esto, ni en la insinuación o la promesa sobre ciertas «alternativas»—como el «fortalecimiento de la E. F. T. A.»—, resultaba posible encontrar la deseada vía de escape para una situación que, de puro contenida, empezaba a ser desesperada.

\* \* \*

Por desagradable que resultase el tener que reconocerlo así, era la Gran Bretaña la que habría de dar la solución conveniente a los problemas que la solicitud de ingreso en la C. E. E. había planteado. Dos sobre todo: la posición de la libra como moneda de reserva, algo que bien se podría considerar como incompatible, de hecho, con la asociación con una comunidad que se encuentra avanzado ya por el camino de una integración, que está llamada a afectar de una manera total y decisiva a todo lo relacionado con la vida económica y financiera, como la moneda, los impuestos, etc., y con las relaciones internacionales también, sin duda, en particular las comerciales y financieras. La insistencia, más sinuosa quizá que insinuante, de que no estaba al alcance de la Gran Bretaña el evitar que la libra fuese una moneda preferente, para mu-

chos, para el desarrollo de operaciones normales y para el mantenimiento de cuentas corrientes y de depósito, de la misma manera que Francia difícilmente podría impedir que el franco fuese moneda preferible para países e individuos diversos, en particular por la llamada zona del franco, perdía eficacia con sólo pensar en la enorme diferencia que separa a una moneda de la otra. Una cosa es abrir una cuenta corriente o hacer un depósito en Francia o en francos, y otra muy distinta es operar con una divisa que es moneda internacional de reserva y que ha contraído obligaciones especiales más allá del aérea de la libra, de un campo que coincide sólo en líneas muy generales—con notorias excepciones también—con las relativas a la «Commonwealth». De ahí que resultase un poco extraño leer cosas como las escritas por un comentarista conocido para advertir que, «si la hipocresía es ciertamente el tributo que el vicio paga a la virtud, podría sostenerse que la solicitud del Sr. Couve (de Murville) por la libra es el tributo que el inveterado nacionalista gaullista se siente obligado a pagar a las virtudes del supranacionalismo europeo».

Lo cierto es que Francia no sólo ocupa posiciones muy fuertes en esa polémica, dura y agria, suscitada hace tiempo, en torno a la cuestión de la entrada de la Gran Bretaña en la C. E. E.: ocupa también posiciones en las que se encuentra no sólo asistida de una manera poco menos que absoluta por la letra y el espíritu del Tratado de Roma, sino, y esto sí que tiene una importancia enorme, por los verdaderos intereses de una comunidad que ahora empieza a marchar adelante, con lo que deja la impresión de ser ya una fuerza irresistible. Cualesquiera que sean las virtudes o los vicios de la posición francesa frente a la actitud inglesa, hay en todo ello algo que sólo el recurso al personalismo y el subterfugio ha podido envolver en una atmósfera de confusión y acaso algún desconcierto también: el hecho indudable de que Francia se mantiene dentro, de lleno, del espíritu que animó las negociaciones que desembocaron en la firma del Tratado de Roma, mientras que la Gran Bretaña sigue siendo, en el fondo cuando no ya siempre en la forma, la fuerza misma que, desde el primer momento, actuó desde el exterior para ofrecer una resistencia irreductible a la realización, en la forma en que se ha venido haciendo, de ideales y esperanzas de unidad de todo aquello que durante algunos años se dio en llamar la Pequeña Europa.

Para culminar, hasta ahora, en lo que, por un lado, es la posición económica y financiera crecientemente debilitada de la Gran Bretaña, y, por el otro lado, una demostración de agresividad que ha movido a comentaristas y editoriales británicos a recoger impresiones, como la que dice que en

los altos medios de la C. E. E., donde no todos son gaullistas, está ya muy generalizada la opinión de que los ingleses, con todos sus *fuss* y *bluster* —agresividad y jactancia—, «se han pasado de marca», y a expresar una especie de sosegada aprobación de las recomendaciones del Dr. Kiesinger durante su visita a Londres, que se podían resumir, en la frase de un editorialista, como de «condenación de la estrategia de entrar en Europa al paso de carga de la caballería y de exaltación de la paciencia por encima de todas las demás virtudes».

\* \* \*

Podía estar llegándose a la conclusión de que si la Gran Bretaña no había sido comprendida, tampoco la Gran Bretaña había hecho nada serio porque se la comprendiese bien y, sobre todo, por comprender en ella a los demás, tanta parecía ser la seguridad que tenía en sí misma y en poder allanar—avasarlar incluso—resistencias que sólo podrían, en el mejor de los casos, tener una existencia efímera, incapaz de ir más allá, a lo sumo, de la permanencia de Charles de Gaulle en el Eliseo.

Y que empezaban a producirse hechos o a insinuarse tendencias que tal vez fuesen merecedoras de algo más que las conclusiones impacientes de quien pudo acabar pensando en la C. E. E. como una buena manera de desviar la atención del inglés medio de otras cuestiones más inmediatas y, al menos de momento, mucho más acuciantes también. Podría, teniendo en cuenta las limitaciones de espacio evidente, resumirse la situación a que se ha llegado con tres hechos de cierta importancia.

Uno es la posición fortalecida, más bien que endurecida, del general De Gaulle, resumida brevemente en el discurso, muy corto y conciso, como suelen ser todos los preparados por una mente privilegiada, tanto por la claridad como por la lógica de la argumentación, en el almuerzo que dió, el 3 de noviembre último, al jefe del Gobierno de Irlanda, John Lynch. «Nos encontramos—dijo—ante una tarea esencial, la construcción de Europa. Para que esta Europa sea europea ha de llevar implícita la existencia de la Comunidad de seis Estados continentales, y es de capital importancia que esta Comunidad se refuerce y se desarrolle ella misma.»

«Ha de llevar implícita también la asociación con la comunidad de otros Estados europeos occidentales. Ha de llevar implícita, finalmente, la

idea de la *detente*, la *entente* y la cooperación con los Estados del centro y el Este de nuestro continente europeo.»

Podía ya empezar la discusión—la preparación quizá—de una futura ordenación europea en la que la C. E. E., tal y como está ahora constituida, sin más miembro quizá, sin que la Gran Bretaña llegase, no por ahora, desde luego, a ser miembro en la plenitud de los derechos y los deberes, ocupase una posición central en torno de la cual, y siguiendo líneas concéntricas, se podría pensar la continuación y ensanchamiento de una labor que sólo podría resultar beneficiosa para todos. Esto podía ser, parecía ser, un concepto llamado probablemente a ser tema de animadas discusiones en un futuro inmediato. Para acabar quizá creando un ambiente de desilusión en esa Gran Bretaña, donde ha producido considerable impresión un informe reciente, sobre «Opción del área de libre comercio: la oportunidad de la Gran Bretaña», y en el que se habla, con lo que quiere ser una voz con mucha autoridad, de un área de libre comercio atlántico, en la que entrarían Inglaterra, los Estados Unidos, el Canadá y algún otro país, que había de resultar mucho más beneficiosa para Inglaterra que la C. E. E. Y de cuyo proceso de colaboración y asociación con fines comerciales podrían salir condiciones favorables al desarrollo del libre comercio. Porque—se advertía en seguida—«el libre comercio no hace inevitable la dominación política», que es, de una manera u otra, lo que se teme y lo que se censura en la C. E. E.

Cuando apenas había empezado a desvanecerse el eco de la mucha, escandalosa algarabía que se armó por causa de lord Chalfont, de los comentarios suscitados por la visita del Dr. Kiesinger a Londres y, en fin, por la insistencia impaciente del Gobierno de Mr. Wilson no sólo en ser admitido en la C. E. E., sino en que las negociaciones sobre su petición de ingreso empezasen en seguida, se produjo la extraordinaria—un poco extraña también—nota de alarma que hizo sonar Franz-Josef Strauss, actual ministro de Hacienda de Alemania Occidental y acaso la personalidad más sobresaliente y vigorosa del actual momento político de su país. En un discurso pronunciado en Madrid, en el curso de una breve visita, habló en términos de especial dureza de la necesidad en que están los Estados europeos de «oponerse a todos los comienzos de una nueva ordenación global soviético-americana en imitación de las medidas que fueron adoptadas en Yalta».

Aquello debería, en el caso de ser algo más que la expresión de un estado de ánimo puramente personal, ser causa de alguna preocupación no ya en

los Estados Unidos, que podrían con razón sentirse aludidos de una manera muy especial, sino en la Gran Bretaña. Aunque sólo fuese por ser una potencia, acaso la única, capaz de inspirar todavía fuertes sospechas en lo tocante a sus verdaderas intenciones sobre la asociación directa con la C. E. E. Y por la tendencia también, no de ahora, de considerar a Strauss como el primer y principal gaullista europeo.

Finalmente, acaso valiese la pena volver a leer lo que se dijo en *The Financial Times*, el mejor conocido de los órganos financieros de la Gran Bretaña, con la firma de Gordon Tether, para condenar por carente de realismo el empeño que tiene puesto el Gobierno de Mr. Wilson en quitar importancia al problema de la libra en todo lo concerniente a la posible entrada en la C. E. E. Después de recordar palabras de Mr. Callaghan, para calificar como «grandemente exagerada» la cuestión de la libra esterlina, añadió: Ha de ser «muy difícil, en verad, exagerar la importancia de un problema que tanto ha contribuido a hacer del Reino Unido el *sick man* (hombre enfermo) del mundo desarrollado».

Para hablar un poco más adelante de lo que se decía ser la impresión que había producido el ministro de Hacienda sobre la desaparición automática del problema de la libra en el momento mismo en que hubiese cambiado de signo el resultado final de la balanza de pagos anual. Porque, añadía este comentarista financiero, una tesis así «supone negligencia completa de todas las dificultades que han puesto a prueba a la Gran Bretaña (en los intentos hechos) para salvar ese déficit, debidas ellas mismas a las responsabilidades internacionales de la libra».

Y en cuanto al argumento, de Mr Callaghan y de otros, sobre la ninguna responsabilidad de la Gran Bretaña por la existencia de importantes haberes vertidos en libras esterlinas y depositados en el extranjero, puesto que nada es lo que la Gran Bretaña puede hacer en el caso de haber Bancos centrales extranjeros que quieran tener una parte de sus reservas en libras, se advertía: «La verdad es que los países poseedores de libras se sentirían muy felices si pudiesen cambiar esas libras en alguna otra moneda con un porvenir menos inquietante, siempre que pudiesen tener nada más que la seguridad de que, al desembarazarse de sus libras esterlinas, no provocaban la caída de todo el sistema monetario encima de su misma cabeza.»

Hay muchos y muy serios motivos para pensar, pues, que tanto en lo relacionado con la petición de ingreso en la C. E. E. como con las perspectivas

JAIME MENÉNDEZ

nada tranquilizadoras que parecía ofrecer el «invierno de la discordia» en los momentos que eran casi ya de su entrada cronológica, la Gran Bretaña está llamada a ser tema de palpitante actualidad a lo largo de los meses, quizá los años, que vienen. Y no precisamente porque las cosas vayan esperanzadoramente bien para ella.

JAIME MENENDEZ.

NOTA.—Cuando ya la preparación de este número estaba muy avanzada, se produjo, el 18 de noviembre, la devaluación de la libra, en un 14,3 por 100, para dejar su valor oficial reducido de 2,80 a 2,40 dólares, junto con la difícil negociación de un crédito de 1.400 millones de dólares con el Fondo Monetario Internacional, la elevación al 8 por 100 del interés bancario y otras medidas de carácter deflacionario. A esto siguió una intensa especulación internacional, con compra de oro en grandes cantidades, y, el 27 de noviembre, la conferencia de Prensa del general De Gaulle, para reafirmar la oposición a que, por ahora, haya negociaciones sobre el propósito británico de entrar en la C. E. E., y la noticia de que el ministro de Hacienda británico, James Callaghan, había dimitido, el 29 de noviembre. Se produjo una permuta de cargos entre él y Roy Jenkins, hasta entonces ministro del Interior. De todo lo cual estaba saliendo, para Inglaterra, una situación nueva y muy distinta a todo lo que había sido su vida en los años de la posguerra. Algo de lo que será forzoso hablar en alguna ocasión futura.